

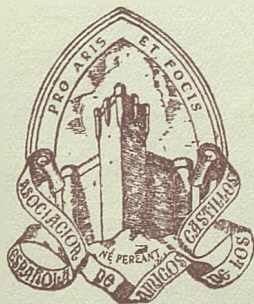
Boletín

de la

Asociación Española

de

Amigos de los Castillos



Año III

n.º 11

BANCO DE VIZCAYA

Fundado en 1901

Casa Central: BILBAO. Gran Vía, 1

Sub-Central: MADRID. Alcalá, 45

Capital escriturado	300.000.000 de ptas.
Desembolsado	286.650.000 de ptas.
Reservas.....	464.504.500 de ptas.
Capital desembolsado y reservas.	751.154.500 de ptas.

85 SUCURSALES

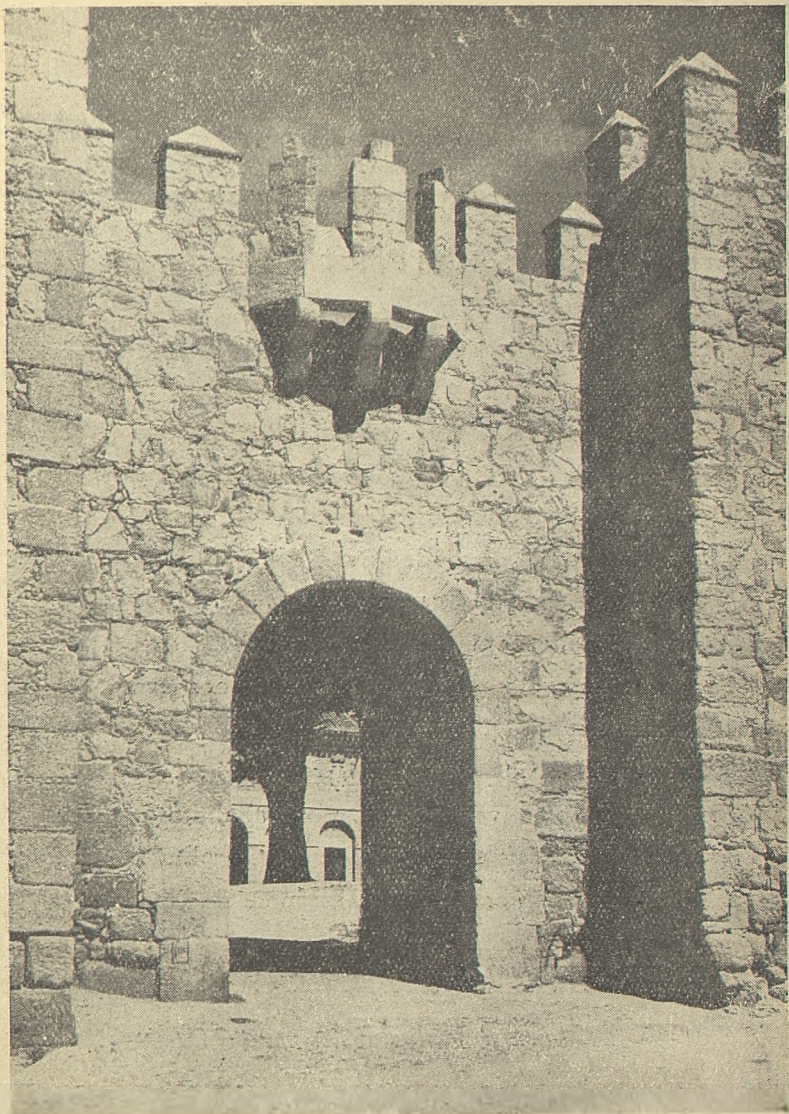
61 Agencias Urbanas en: Alicante, Baracaldo, Barcelona, Bilbao, Córdoba, Granada, Madrid, San Sebastián, Sevilla, Tarragona, Valencia y Zaragoza.

110 Agencias de pueblos en diferentes provincias

Extensa Red de Corresponsales Nacionales y Extranjeros

SERVICIO DE RELACIONES EXTRANJERAS
especializado en la tramitación de toda clase de operaciones relacionadas con el comercio exterior.

(Aprobado por la Dirección Gral. de Banca y Bolsa con el n.º 1.531)



Puerta de Santa Teresa.
Una de las ocho puertas del recinto amurallado
de Avila de los Caballeros.

S U M A R I O

	<i>Págs.</i>
Editorial. Los castillos y la Hispanidad.....	123
Sombras de la Edad Media. Los irmandiños, demoledores de castillos, por D. José Sanz y Díaz....	126
El viejo castillo del romance, por D. Angel Dotor..	130
El castillo que fué propiedad del Papa León XIII, por D. José Rico de Estasen.....	136
Avila fortificada, por D. Celestino M. López Castro.	141
La restauración del castillo de Paso Alto, por don Virgilio Grande.....	145
Vida social. Las puertas de Sepúlveda	147
Excursiones colectivas. Avila de los Caballeros..	149
Excursión colectiva a los castillos de Cogolludo, Brihuega y Cifuentes, de la provincia de Guadalajara	153
Atalaya de la Prensa.....	160
Bibliografía, por D. A. D. y D. E. S. A.....	163

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

AÑO III

OCTUBRE-NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1955

N.º 11

EDITORIAL

LOS CASTILLOS Y LA HISPANIDAD

— Cuando se lee la historia de España en el siglo XVI, parece que los hombres de aquel ciclo son de una raza superior o semejante a la misma de los héroes y semidioses de la antigüedad.

España fue la encargada de abrir con llave de oro la Edad Moderna y de sembrar de fuertes, muros y castillos por todo un continente recién descubierto por nosotros, en las tierras que van desde las Californias al Cabo de Hornos, pasando por las Antillas.

Tras una lucha titánica de siete siglos y medio, en la cual se forjaron generaciones y generaciones de héroes armados de cotas y mallas, llegó un momento en que, con absoluta independencia, vino la unidad imperial.

Ese batallar bravo y continuo ejerció benéfico influjo en la Patria, librándola de los excesos del feudalismo medieval y proyectando su sombra protectora en ultramar. Efectivamente, apenas operada la unidad a que aludíamos, bajo el cetro de Isabel y de Fernando, nuestra nación, libre de todo yugo feudal, estuvo armada y pronta para cumplir su destino imperial histórico. Entonces llegó la hazaña de Colón a cambiar por completo la faz del mundo. Antes del descubrimiento, el Atlántico era el mar del misterio; de este océano venían las leyendas de las islas de San Baladrán y ecos místicos de pasados milagros. Fábulas de todas clases, pero nada real y concreto.

Las naves de Cristóbal Colón, arbolando el pendón de Castilla, surcaron aquellas aguas, y al volver trajeron a Europa las pruebas fehacientes de nuevas tierras y nuevas razas, de otra fauna y de otra flora, de un Nuevo Mundo que se abría ante el gesto maravillado del Viejo.

Gracias al Imperio español, aquellos veinte países, hoy repúblicas prósperas e independientes, aprendieron el arte de la

poliorcética y el arte de construir castillos y murallas, sufriendo con ello la arquitectura militar en América una profunda y trascendental renovación.

Por necesidades de la conquista, de la colonización e incluso por defender el inmenso país de las piraterías de no pocas naciones, América, del Norte a Sur, sin olvidar las islas, se fue cubriendo de monumentos militares, lo mismo en Méjico que en Guatemala y las demás naciones centroamericanas, que en los territorios de Colombia, Venezuela, el Perú de los incas—que llegaba por el Ecuador al altiplano de Bolivia, que poblaban los quichuas y aimaras, y al famoso Arauco chileno—; también se levantaron construcciones de tipo militar en Catamarca, junto al espinazo orográfico de los Andes, en la actual República Argentina, con ramificaciones guaraníes hacia Paraguay y Uruguay.

El descubrimiento y conquista de América por España, con su acción misional y civilizadora, es un hecho capital de la Historia Moderna universalmente reconocido, pese a los viejos y desacreditados autores de la *leyenda negra*.

Los monumentos militares de toda clase que España alzó en tierras americanas son innumerables, no quedando de muchos más que el recuerdo histórico o las ruinas. Sin embargo, esos fuertes y esos bastiones gloriosos constituyen por sí mismos la arquitectura militar de la Hispanidad, siendo, por tanto, esta Asociación Española de Amigos de los Castillos tan suya como nuestra, lo cual nos place recordar en este número otoñal del BOLETÍN, que corresponde a la Fiesta de la Raza y del Idioma.

Entre los castillos famosos de las Américas, se encuentra el del Morro, en La Habana, armado con doce cañones formidables, cada uno de los cuales llevaba el nombre de un Apóstol. El castillo del Morro se alza sobre una majestuosa peña perpendicular a los abismos del océano, rodeado de murallas, torres y parapetos. Domina completamente el mar y la ciudad, que se extiende a lo largo de la costa, llegando incluso hasta los arrecifes marinos.

También es célebre el castillo de Boca Chica, en Colombia. En el Estado de Bolívar actual, que es el antiguo Departamento de la Magdalena, y que hoy tiene por capital y cabeza de partido a Cartagena de Indias, se alza este famoso castillo, donde Blas de Lezo abatió para siempre la altanería inglesa del almirante Vernón. El puerto de Cartagena de Indias está defendido por este recinto amurallado, todavía en perfecto estado de conservación.

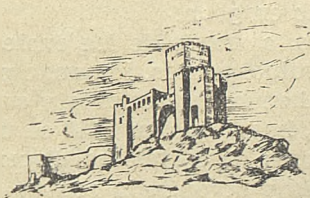
Estos castillos, estos fuertes y estos recintos fueron los más importantes de toda la América, desde la Patagonia al Canadá.

Basta con esos dos botones de muestra, aunque se podrían

citar centenares y centenares de fortalezas militares en todo el continente, para demostrar que España buscó los sitios adecuados para construir castillos y fuertes en los puertos y en las montañas, creando así en el Nuevo Mundo una imagen de su propio ser metropolitano. Esas construcciones castrenses de piedra demuestran lo enraizado, vertical y permanente de nuestra civilización en América.

En cambio, el nomadismo de la colonización inglesa y sajona sólo construyó esos «fuertes» vegetales que vemos en las películas de indios, porque a ellos únicamente les importaba la explotación trashumante, llevando ganado de una parte a otra, trasladándose sus agricultores en diligencias y carromatos a través de las praderas.

España aizó en América, entre un chocar de aceros para salvar la propia vida, colegios, iglesias, catedrales, talleres de todas clases y castillos, echando así las bases de una cultura que miraba al cielo y del suelo subía con la savia humana. De ahí la fuerza ecuménica, de raíz telúrica y de su vuelo espiritual, que tienen esos viejos castillos hispanos enclavados en América y en Oceanía, puesto que también en las islas Filipinas existen, como avanzadas europeas ante la raza amarilla.



LOS IRMANDIÑOS, DEMOLEDORES DE CASTILLOS

Por José SANZ Y DIAZ

Hoy que nuestra *Asociación Española de Amigos de los Castillos* tiene que luchar incansablemente contra las depredaciones y el utilitarismo de las gentes que quieren echar por tierra las fortalezas peninsulares, con los más variados y reprobables motivos codiciosos, hechos patentes a los que pone coto el Decreto de nuestro Caudillo, a través del Ministerio de Educación Nacional, bueno será tratar aquí de los primeros enemigos de torres, recintos y alcazabas, de que se tiene noticia, los cuales florecieron en Galicia entre los siglos XII y XV.

Se llamaban a sí mismos *Irmandiños*, porque se habían organizado en hermandad en los burgos y en los campos gallegos. El historiador Vicetto señala que tenían por lema el siguiente mote latino «Deus Fratesque Gallaecia». Siguiendo a este historiador, veremos que la primera *Irmandade* apareció en Compostela hacia el año 1113, siendo partidaria de la Reina doña Urraca contra el Obispo Gelmírez. Después surgió otra en Sahagún a su imagen y semejanza. Halagados los *Irmandiños* por la soberana complaciente, arrasaron las puertas de Compostela y destruyeron parte de la fortificación episcopal, saqueando y matando cuanto les vino en gana.

Pasaron los siglos, a través de los cuales dieron señales de vida estas gentes revolucionarias, tomando por sorpresa los castillos aislados, demoliendo sus recintos y sus almenas, sus rastrojos y sus puertas, hasta que en 1432 se unieron las distintas partidas de salteadores de fortalezas dispersas, formando una unidad revolucionaria y organizada contra don Nuño Freire de Andrade, Señor del Ferrol, de Villalba y de Puente deume. Aquella revolución de villanos gallegos es conocida en las historias como la segunda *guerra irmandiña*, y la *Crónica de don Juan II* se refiere a la misma con estas palabras: «Entre los otros negocios que el Rey había de despachar antes que para la guerra se partiese, era uno que pendía entre Nuño Freire de Andrade y sus vasallos de la Puente de Heume y Ferror y Villalba, que eran suyas, y sus vasallos, que se habían levantado contra él, diciendo que era Señor muy fuerte y áspero. y hacíanle guerra

tres mil hombres y más, y le habían derribado ciertas casas fuertes, y con éstos se habían juntado otros muchos de los Obispos de Lugo y Mondoñedo, que serían bien diez mil hombres y más, y habían tomado por Capitán un fidalgo que se llamaba Ruyz Sordo, y hicieron todos una Hermandad, y por toda la tierra los llamaban los Hermanos. Y andaban así poderosamente, haciendo muy grandes daños en las fortalezas y males en los castillos de Nuño Freire, que en las rentas del Rey no tocaban. Y el Rey, queriendo apaciguarlos, acordó enviar allí un tesorero con cartas al Arzobispo de Santiago, don Lope de Mendoza, y a don Alvaro de Insorna, Obispo de Cuenca, quien era natural de aquella tierra y estaba allí entonces. Los dichos Hermanos se vieron tan poderosos y estaban tan locos, que no solamente no quisieron estar por cosa de lo que por los dichos Arzobispo y Obispo les fue mandado de parte del Rey, sino que cercaron un castillo de Nuño Freire, donde estaban su mujer y sus hijos.» Las fuerzas reales y episcopales acudieron en socorro de los cercados y dispersaron a los depredadores de fortalezas.

La tercera guerra de los «Irmandiños» tuvo lugar en el 1467, basándose en excesos de los señores feudales. Un poco objetivo comentarista de izquierdas se expresaba así al respecto: «Aquellos señores feudales de los castillos de Galicia pedían tributos sin cesar y cometían toda clase de excesos. El vasallo tenía que pagar: la facendeira, si quería conseguir trabajo; la goyosa, si tenía un hijo; las calzas, si se casaba; la luctuosa y la mañería, para heredar a su padre; la enliza, si vendía sus fincas; el movicio, si trasladaba su residencia, y el yantar, el conducho, la hogaza, la monera y muchos tributos más. Cada fortaleza que se alzaba era un nuevo motivo para exigir impuestos.» Es un relato apasionado el que acabamos de transcribir, aunque en parte cierto, si bien no todos los dueños de castillos de España eran gentes de tal género. El historiador López Ferreiro también alude a la situación de los vasallos ante los castillos feudales en Galicia: «No bastaba que contribuyeran con sus tributos para la construcción de las fortalezas; era necesario que sirviesen personalmente a la edificación de las mismas y que pusiesen sus ganados a disposición del señor, para el acarreo de los materiales. Levantada la fortaleza, empezaba para el villano otra nueva serie de vejámenes: cuando pasase por aquellas cercanías, habría de pagar para pasaje, portazgo o pontazgo para la conservación de la fortaleza.» Y todos estos atropellos fueron acumulando aversión contra los castillos en el pecho de los villanos.

Y azuzados por el odio y el despecho de sus dirigentes, los irmandiños de 1467 se alzaron al grito de siempre, que no era otro

que «¡Abajo las fortalezas!». La rebelión se inició en Santiago de Compostela y la capitaneaba Alonso de Lanzós, que fue acogiendo en sus filas a todos los maleantes y a todos los descontentos, organizando en el interior de los bosques y con gran sigilo una horda de 90.000 hombres, dividida por zonas y distritos. Lanzós mandaba los irmandiños por Vilialba, Betanzos y Puentedeume. Más allá, Alfonso de Casal y Gonzalo Pillarte acaudillaban otras fuerzas; en las tierras del centro de Galicia era su cabecilla Pedro Osorio, y en las comarcas del Ulla y el Lima mandaba Diego de Lemos.

Primero arremetieron contra los castillos de Alonso Pérez de Sotomayor, en su fortaleza de Tuy, la cual tomaron, tras la muerte de su señor. El Arzobispo Alonso de Fonseca tuvo que huir a Portugal y los «irmandiños» arrasaron todas las casas fuertes que pertenecían a Pedro Pablo de Cela.

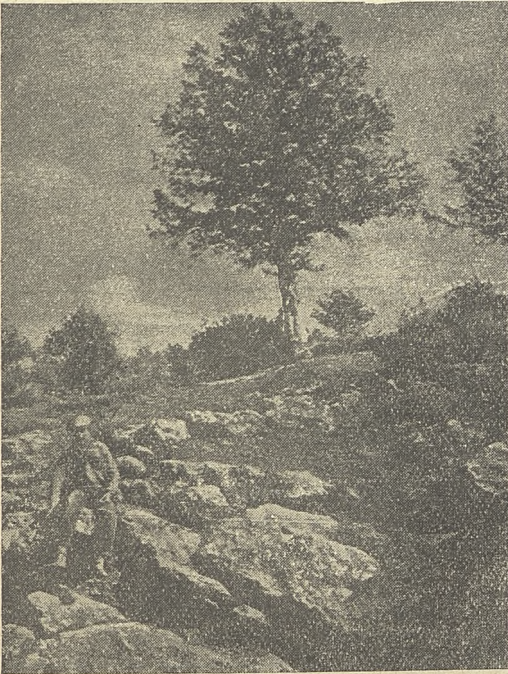
Lope Pérez Mariño, otro Capitán de la «Hermandade», asaltó Pontevedra y destruyó sus defensas. Un historiador de la época se expresa así: «Las odiadas fortalezas eran incendiadas, arrasadas, saqueadas despiadadamente. Los señores huían, unos a Portugal, otros a Castilla. Mas no tardaron en emprender la contraofensiva con los auxilios que en aquellos Reinos vecinos les daban.» Efectivamente, desde 1469, el Arzobispo Fonseca atacó a Santiago y pudo tomarlo; *Pedro Madruga* o Alvarez de Sotomayor—hermano del asesinado don Alonso—batió a los «irmandiños» y recuperó Pontevedra. Pardo de Cela, con 50 caballos y 5.000 infantes, fue recuperando sus castillos de Saavedra, Villejuán, Frouseira y otros, luchando con varia fortuna contra el cabecilla Alonso de Lanzós, hasta que cayó éste en manos de Andrade, quien lo encerró en una prisión, cargándolo de cadenas. Pedro Osorio fue vencido, y el único que escapó sin pagar sus depredaciones y sus crímenes fue el capitoste Diego Lemos, oculto por los montes y en los burgos que le eran propicios.

Las fortalezas destruidas por los «irmandiños» fueron innumerables, ya que sólo la contemplación de un baluarte, una torre o un recinto fortificado despertaba sus odios y acometía un ansia feroz de destrucción, pues, como los comunistas de nuestros días, aquellas gentes deseosas de justicia eran azuzados por aventureros a los que sólo guiaban ansias de rapiña y móviles bastardos.

Tales fueron los primeros depredadores de los castillos de España.



Vista general del castillo de Rochafriada.



La entrada a la cueva
de Montesinos.

EL VIEJO CASTILLO DEL ROMANCE

Por ANGEL DOTOR

Siempre la Mancha reservándonos nuevas emociones con el encanto de algún rincón evocador escapado a nuestra curiosidad avizora en no pocos años y con el realce que adquieren a nuestros ojos sus lugares célebres y pintorescos, sus paisajes de abrumadora sugestión y belleza, cuando tornamos a ellos tras nuestro forzoso alejamiento.

Bien temprano creímos haber hollado lo más sustantivo de cuanto encierra la región inmortalizada por su concomitancia con Cervantes y su obra impar. En la adolescencia, ya conocíamos lo principal de la ruta del *más ideal de los caballeros*. Nacidos en su cuna, pronto embebimos el ambiente de sus genuinos recintos de evocación y ensueño. Argamasilla, Ruidera y los lugares cercanos fuéronnos revelando su tradición ancestral y su singular fisonomía—esa fisonomía tan en abono siempre de la fidelidad al paisaje y a la justeza topográfica que en la gran creación resplandecen, por las cuales todos han de convenir en la insustituibilidad del escenario que escogió Cervantes—. Después, ampliamos nuestra visión a los restantes pueblos y parajes: El Toboso, Criptana, Puerto Lápice, Alcázar, etc., con lo cual creímos haber llegado a conocer como pocos el teatro de acción del sin par héroe literario. Vano, empero, resultaba nuestro convencimiento, pues a poco hubimos de reconocer que la realidad presentaba casi como necia presunción lo que no pasaba de ser ingenua creencia entusiasta. Aun quedaban rincones que contemplar, leyendas que descubrir, panoramas que otear. Y henos aquí, años después, reanudando nuestras andanzas. Si ayer nos recreaba la vista y el espíritu la larga y pausada caminata de horas hacia los pueblos hidalgos y los parajes famosos objeto de nuestra excursión, en los que a veces nos sumíamos días enteros de voluntaria permanencia, después hubimos de contentarnos con rápidas, con fugaces escapadas, aprovechando la velocidad del automóvil o del expreso que nos conduce o, por lo menos, nos acerca al horizonte ambicionado, desde la urbe de la frivolidad y los convencionalismos donde nos es forzoso vivir.

* * *

Estas tierras de la cuenca del alto Guadiana—montes y parameras de Ruidera, El Bonillo, Múnera y Ossa de Montiel, derivadas de la vertiente septentrional de la serranía de Alcaraz,

en el confín de las provincias de Ciudad Real y Albacete—son las más desconocidas de cuantos sienten devoción por el campo de acción quijotesco. Lo apartadas que se encuentran de toda principal vía de comunicación hace que permanezcan inéditos para el viajero sus abundantes veneros de poesía. Este casi siempre se detiene en Argamasilla, llegando pocas veces tal que a Ruidera y a la cueva de Montesinos. Y, sin embargo, ¡qué maravilla de paisaje el de estos salientes y cerros, el de estos berrocales, escalones y collados cárdenos, con sus carrascales y cambroneras inmensos! ¡Qué aspecto el de las enormes vegas de carrizales y las lípidas lagunas que, en sucesión sorprendente, se extienden leguas y leguas, todas ellas ocultas a trechos por las ondulaciones del terreno, pero unidas merced al inagotable y dulce manantial que luego ha de prolongarse a través de media España formando el Guadiana, uno de sus ríos más famosos!

Encerrados en el amplio polígono que delimitan los pueblos anteriormente nombrados encuéntranse lugares tan evocadores como la cueva de Montesinos, la venta donde acaeció la aventura del retablo de maese Pedro, el monte de la escena del rebuzno, las praderas donde tuvieron lugar las bodas de Camacho, etc. Y hasta una edificación que, si bien no aparece mencionada en el *Quijote*, tiene gran vinculación con algunos de sus personajes y una leyenda en extremo lírica y curiosa: el castillo de Rochafriada.

* * *

He aquí esa historia o leyenda del castillo de Rochafriada:

Una de las figuras guerreras más descollantes del Medioevo francés fue Teobaldo, hijo del Conde Grimaldo. Casado éste con la hija del a la sazón rey galo, fue víctima de una calumnia levantada por el favorito del monarca, en virtud de la cual se le desterró a España y fuéronle confiscados sus bienes. Caminando Grimaldo con su esposa, a pie, por montes y breñales, ésta alumbró al hijo de ambos que había de ser tan famoso. De ello ya nos habla el *Romancero*, cuando pone en boca de la princesa de Francia las siguientes palabras:

*Tomes este niño, Conde,
y lléveslo a cristianar.
Llamadéle Montesinos.
Montesinos le llamad.*

Ocurría esto en el siglo VIII, o sea en plena dominación alarbe de la Península. Por entonces, Carlos Martel, tío de Teobaldo, vencía al agareno en Poitiers, librando así a Europa

de la avalancha de la Media Luna. Muerto el Conde Grimaldo, radicóse su hijo en lo que hoy es provincia de Salamanca, donde fundó un pueblo, al que, en homenaje a su progenitor, denominó Fuente-Grimaldo. Al dedicarse casi por entero al ejercicio de la caza, viviendo en la montaña de Castañar, robustecióse en todos la idea de llamarle Montesinos, según escribe el historiador Ambrosio de Morales. Iluminóse otra vez la estrella del caballero, quien pudo volver a su patria, entrando como uno de los famosos *Doce Pares* de Carlomagno. Guerreó por recobrar su estados y amó, con lo que vino en acrecentar su ya bien ganada fama y nombradía en ambos aspectos. Pero retornó a España, de la que tan grato recuerdo conservaba.

Este caballero es, pues, el famoso Montesinos, que Cervantes aporta a su libro inmortal, conocedor de las leyendas creadas en torno a su figura; leyendas, más o menos verídicas, recogidas en muchos romances que tomaron vida en aquellos tiempos remotos en que nuestro idioma acababa de formarse. Así vemos que de tales romances, casi todos ellos debidos a autores anónimos, tres son famosísimos: el referente a su nacimiento, paralelo al de Roldán; aquel otro, acaso más popular, de su venganza del traidor Tomillas, el difamador aludido, que comienza:

*Cata Francia, Montesinos;
cata Paris la ciudad, etc.*

y, finalmente, el que se refiere a la muerte de Durandarte, primo de Teobaldo y también Par valeroso, que, al fenecer en Roncesvalles, rogaba a éste le extrajera el corazón y se lo llevase a su amada Belerma.

Paralela a la historia de Teobaldo, o sea Montesinos, en sus primeros años, aparece la de Rosa Florida, así llamada en el *Romancero*. Era ésta una linda doncella, dueña y señora de una mansión-fortaleza de Castilla, la cual es precisamente este castillo enclavado en el término de Ossa de Montiel,

*que se llama Rocafrida,
al castillo llaman Roca,
y a la fuente llaman frida.
Por agua tiene la entrada,
y por agua la salida.*

Naturalmente, la hermosa doncella fue muy requerida de amores:

*Siete Condes la demandan,
tres Duques de Lombardía;
a todos los desdeñaba.
Tanta es su lozanía.*

Pero más afortunado fue Montesinos, o sea el Conde Teobaldo. Su fama de amador y valiente llegaba a los ámbitos más remotos. Por eso prendóse de él Rosa Florida,

de oídas, que no de vista.

La joven dama envió emisarios en busca del caballero, con encargo de que le dieran cuenta de la pasión que hacia él sentía, y le propusieran su matrimonio. La tradición afirma que aquél lo aceptó, y que, a su llegada al castillo, casó con su dueña y señora, viviendo ambos y muriendo lustros después, ya longevos, en aquel recinto

* * *

El castillo de Rochafrida—o Rocafrida, que indistintamente se le dan ambas variantes fonéticas—se encuentra muy cerca de la famosa cueva de Montesinos, a unos doce kilómetros de Ruidera. Sobre un alcor escarpado, en medio de la vega y los pastizales del Tovar, sorprende el golpe de vista que su ingente y arruinada mole ofrece desde el momento en que se descubre; conforme avanzamos hacia él, en las revueltas del difícil camino. La tradición señala que siendo los sucesores de Montesinos—que se multiplicaron notablemente por Castilla y Andalucía—los dueños de estos parajes aledaños, de ellos tomó nombre la famosa espelunca luego inmortalizada por el *Príncipe de los Ingenios* en el célebre pasaje, mediante el cual envolvió en trascendente simbolismo a personajes famosos y hechos altamente significativos. En cuanto al castillo, aparece bien claramente reseñado en las *Relaciones Topográficas* mandadas hacer por Felipe II en el siglo XVI.

Ni que decir tiene que de este monumento, vestigio de una de las más poéticas leyendas de la estirpe, el cual, como nos dice el *Romancero*,

*el pie tenía de oro,
y almenas de plata fina,*

no quedan sino los restos de las murallas, erguidas en la pétreo meseta de su pintoresco emplazamiento. Adivinamos, a juzgar por el grosor y solidez de los cimientos, por las basamentas de sus torres y cubos, por lo que debió de ser su poterna y su foso, las

enormes proporciones que un día hubo de alcanzar, cuando de él se decía:

*tanto relumbra de noche
como el sol a mediodía.*

Hito de la Raza en su formación secular, el castillo de Rochafrida constituyó «lugar cobdiciadero» para cuantos pueblos invasores se sucedieron, desde remotos tiempos, en el dominio de la región. No cabe duda que por su situación estratégica, en la que fue la antigua Oretania, antiguamente tan rica en campamentos y poblados romanos—tales que los situados a lo largo del alto Guadiana—, ejerció gran papel, no sólo entonces, sino en los siglos posteriores de dominación árabe y en la época de la Reconquista. Pero a la moderna no han llegado otros testimonios escritos que los apuntados, testimonios en los que se juntan confusamente la realidad de los hechos y la fantasía de los autores. Mas es lo cierto que en pocos lugares se siente la impresión de tan diversas emociones sugeridoras como en este castillo de Rochafrida, que no por estar más destruido tiene menor mérito histórico que los de Peñarroya, Alhambra, Montiel, Alcaraz y otros de la región; castillo cuyas ruinas, que son propiedad particular y tan pocas personas conocen, utilizáanse para el encierro de ganados. La fuente que le da nombre, cristalina y musical, acaso inmutable desde los tiempos lejanos y brillantes, sigue cantando allá abajo su monótona elegía.

AVISO

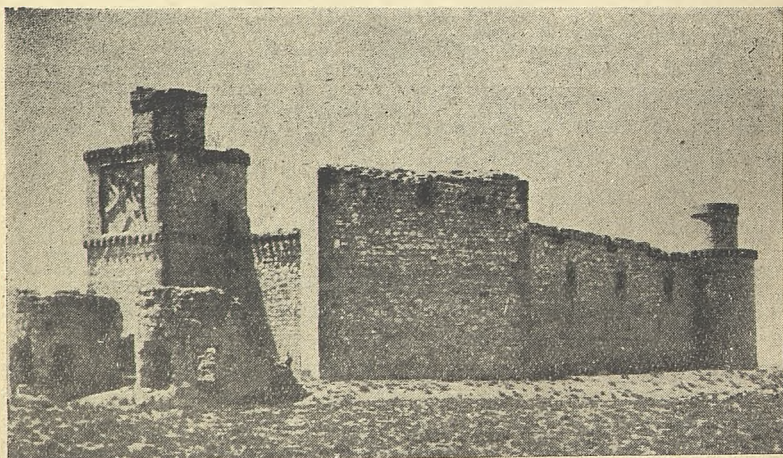
A LOS SEÑORES ASOCIADOS

Se ruega a los señores asociados que no nos han remitido las dos fotografías para el carnet de identidad, lo hagan a la mayor brevedad posible, para podérselo enviar debidamente cumplimentado.

Dicho carnet de cartulina es gratuito. Para los señores asociados que lo deseen, tenemos carteritas de piel corinto, para el carnet, con celuloide y tarjetero, y en la portada, la insignia social en oro, al precio de 25 pesetas (incluidos gastos de envío).



Sobre un altozano de los campos de Toledo, destaca el airoso castillo de Barciencia que fue propiedad del Papa León XIII



Vista general del interesante y poco conocido castillo de Barciencia.
(Foto Rico de Estasen.)

EL CASTILLO QUE FUE PROPIEDAD DEL PAPA LEON XIII

Por JOSÉ RICO DE ESTASEN

En relación con el ambiente de recuperación espiritual tendido sobre los monumentos histórico-artísticos de España, resulta extraordinariamente consolador contemplar el interés que de día en día despiertan los castillos; interés que se advierte en la eficaz y constante propaganda ejercida por la Asociación Española de Amigos de los Castillos, de la que es Presidente del Comité de Honor el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, y de la Junta Directiva, el General Marqués de Sales; en la serie de comentarios, reportajes y estudios aparecidos de continuo en las publicaciones periódicas; en la serie de libros que abordan con fortuna tema tan atrayente; en las conferencias destinadas a ilustrar a públicos inteligentes sobre el pasado y el presente de determinadas fortalezas, torreones o murallas, en las visitas colectivas, en las que figuran siempre numerosos extranjeros, ansiosos de conocer estos venerables hitos de la Historia.

Al margen de la Asociación, contagiados por las actividades de aquélla, son muchos los que se desplazan de cuando en cuando a esta o a aquella otra ciudad, al sólo objeto de contemplar determinados alcázares.

Ejemplo de una de estas rápidas y provechosas excursiones, que jamás defraudan, es la que acabo de efectuar por el amplio territorio del otrora poderoso señorío de los Duques de Maqueda, para visitar el castillo de Barciencia.

CURIOSIDAD Y SORPRESA

La graciosa arquitectura de la restaurada fortaleza de San Martín de Valdeiglesias; los restos monumentales del alcázar de Cadalso de los Vidrios; los, verdaderamente impresionantes, del airoso, artístico y monumental castillo que mandó levantar, dominando el ancho cauce del río Alberche, el Condestable don Alvaro de Luna, en Escalona; las redondas torres que flanquean la bien situada, monumental fortaleza de Maqueda, saliendo al encuentro del viajero que, al discurrir por sus inmediaciones, habrá de detener sus pasos para solazarse en la contemplación del panorama circundante, no logran aminorar la

impresión de curiosidad y sorpresa que depara el castillo de Barciencia a cuantos lo visitan por primera vez.

La legendaria edificación, que fue propiedad de S. S. el Papa León XIII, no constituye una prolongación de la diminuta villa toledana, sino que fue construida lejos de ella, y, como tal, aparece solitaria y enhiesta, destacando lo airoso de su silueta sobre la cumbre de una colina.

La ascensión a lugar tan ameno y deleitoso se realiza a pie, salvando sin dificultad el obstáculo de un diminuto riachuelo, y caminando luego por un sendero suave, matizado de pinos y olivos, entre los que abunda la caza.

El castillo, diminuto, breve, visto desde las lejanas laderas, va ganando en importancia y en tamaño a medida que nos aproximamos a él; adquiere toda su monumental, militar prestancia cuando se le tiene cerca, y hace prorrumpir al visitante en una explosión admirativa cuando, al llegar a sus puertas, se contempla la torre del homenaje, en cuyo cuerpo principal destaca el monumental león rampante que ornamenta el blasón nobiliario de los Silva.

HISTORIA Y DESCRIPCIÓN

Como enclave de señoríos diversos, el lugar de Barciencia constituía en el siglo XIII una rica heredad del Prior de Uclés, que lo cedió, a cambio de valiosas compensaciones, a la Orden de Santiago, cuyo Maestre, el Infante don Enrique de Castilla, lo legó, en 1421, al Adelantado de Cazorla don Alfonso Tenorio, que lo hubo de transmitir a la noble familia de los Silva, honrada por Enrique IV con el condado de Cifuentes.

Los Silva fueron los que, a mediados del siglo XV, conscientes de su poder, construyeron el castillo, en cuya torre de homenaje, como queda consignado ya, emplazaron, como emblema heráldico, el león monumental de su escudo.

La airosa fortaleza es de planta cuadrilonga, con torres redondas flanqueando los ángulos, y otras, cuadradas, mucho más potentes, en los testeros. Una línea de ventanales diminutos y una cornisa de modillones remata la edificación, uniendo cortinas y torres con la graciosa uniformidad de la piedra labrada. Se puede identificar la estructura del muro que defendía la fortaleza, enlazando con el ancho foso, con puente levadizo, en cuya parte exterior perduran todavía los amplios y pesados garitones.

VICISITUDES

El siglo XVI señala el período de mayor pujanza del castillo, que, en tal época, se hallaba artillado con falconetas y defendido por fuerte guarnición, mandada por un Alcaide, que ocupaban

las habitaciones dispuestas a uno y otro lado de la airosa plaza de armas, reservándose las de la torre del homenaje para los señores de la fortaleza.

Con el tiempo, el señorío del castillo, junto con el de la villa, consecuencia de herencias y sucesiones, pasó a la noble casa de los Duques del Infantado, y de ésta, a la de los Duques de Osuna, que lo transmitieron a la de Pastrana.

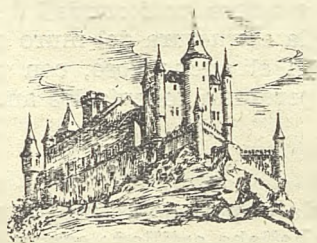
Es entonces cuando se produce el hecho más excepcional de la historia de la fortaleza, que, por testamentaria disposición del Duque de Pastrana, don Manuel de Toledo Salm-Salm, pasó a ser propiedad, ya lo dijimos, del gran Pontífice León XIII. El león nobiliario de los Silvas toledanos constituyó el símbolo evocador del venerable anciano que se sentaba en el trono pontificio como sucesor de San Pedro. Así, hasta el año 1901, en que la Santa Sede cedió tan españolísima y original herencia a un bilbaino opulento, don Manuel de Taramona, que la traspasó años después a su actual propietario.

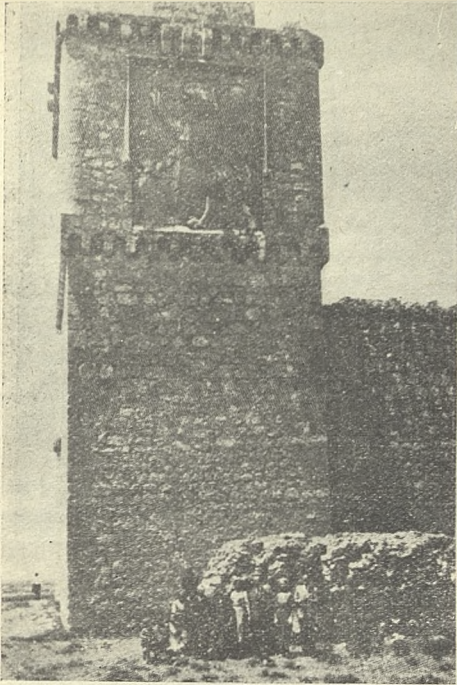
EMOCIONES Y RECUERDOS

Impresionante aspecto ofrecen las ruinas de este castillo, del que, fuera del recinto comarcal, pocos españoles tienen noticia. En el interior llama poderosamente la atención la plaza de armas, las habitaciones y escaleras de las torres, el portalón de entrada, los aljibes.

Lejos de la villa de donde toma el nombre, con sus viejas piedras doradas y sensuales, grande en su apartamento y en su soledad, bajo un cielo limpio, como si fuera de cristal, cumplió antaño la alta misión para que fue creado, y, en una prolongación de su destino heroico, cumple hoy la de despertar en los visitantes una larga serie de emociones y recuerdos.

(Información gráfica del autor.)





Castillo
de Barciene

Torre del homenaje con el
león rampante del escudo
de los Silva.

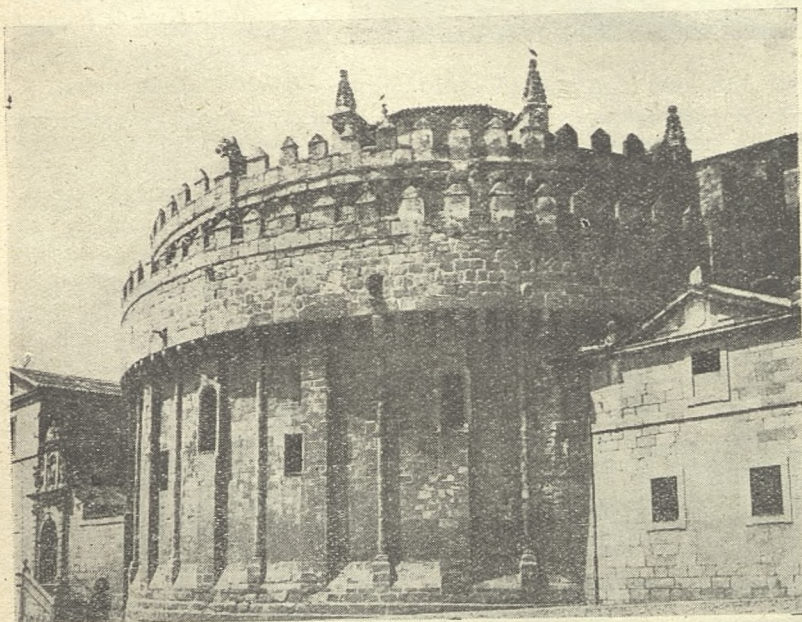
(Foto Rico de Estasen.)



(Avila.) Desde los «Cuatro Postes» puede admirarse la ciudad, con sus murallas, reducida a escala, como bella maqueta de escayola.



(Avila.) Las murallas vistas desde el puente sobre el río Adaja.



(Avila.) El ábside de la catedral forma un enorme tambor defensivo, con dos órdenes de parapetos almenados.

AVILA FORTIFICADA

Por CELESTINO M. LOPEZ CASTRO

Avila no es ciudad de sol; es ciudad de melancolia. Para contemplarla en su elemento hay que renunciar al cielo azul y a la primavera, que deben dejarse para Sevilla, para Granada, para Valencia. Aquí, en Avila, no hay flores, ni azahares, ni arquitectura morisca que necesite perfumes y luz para sentirla y amarla. Avila resulta mejor ambientada en el otoño, para que nos contagie con la humedad de sus piedras musgosas, erguidas en murallones belicistas sobre la llanura castellana. Es más emotivo verla bajo el manto gris y anubarrado para comprender la tristeza de sus torreones fortificados; el ceño hostil de sus almenas y puertas de la muralla; la altivez de sus torres albaranas, coronadas de adarves y barbacanas, ahitas de flechazos y de asaltos a que las sometieron cien generaciones.

Piedras propectas y venerandas nos salen hoy al camino; a este camino castellano tan cargado de experiencia y de galopadas heroicas. Piedras empapadas de glorias guerrieras; murallas fuertes que brotan de la tierra abulense, sembrada de virtudes, fertilizada de santidades. Cinturón amurallado que se levantó en la última década del siglo XI, con los mismos sillares desparrramados en destrucciones anteriores, que habían labrado sarracenos, godos, romanos y hasta los fornidos hombres de Alcides. Así son ellas de históricas y de milenarias. Mil novecientos trabajadores se emplearon en aquella labor de reconstrucción, dirigidos por el francés Pituenga y por el romano Casandro, ayudados por otros «maestros de geometría», venidos de León y Vizcaya. (El nombre de arquitecto no aparece hasta el siglo XVI, llamándose hasta entonces «maestros de geometría».)

Avila se sienta en corro con sus 83 torres cogidas de la mano por sus merlones. Sus muros, de doce metros de altura y tres de espesor, extienden su parapeto adusto de piedra, chapada de cobre solar, en un dilatado perímetro de dos kilómetros y medio, erizado de almenas y acotado de matacanes. Estas 83 torres sobresalen o avanzan sobre el lienzo murado para batir al asaltante de enfilada y en los espacios muertos. Vistas desde los altozanos contiguos a la ciudad, semejan guerreros que descienden en hilera. Contempladas desde el foso natural que forman las aguas del Adaja, destacan sus siluetas hostiles sobre el cielo, como centinelas apostados en el adarve. Si subimos a ellas, pisaremos polvo milenario y piedras holladas por los caballeros lorigados de las cruzadas contra el moro. Si nos asomamos entre

las almenas y a los matacanes, admiraremos el valor medieval asaetado al pie del recio muro. Si remontamos las torres, comprobaremos su orgullo feudal diluido en horizontes lejanos.

Entre la diadema de torres y de merlones se abren varias puertas, siendo la principal la llamada del Alcázar, situada entre dos salientes y colosales torreones, entrelazados por un aéreo puente de atrevido arco.

Otra puerta idéntica a ésta en estructura se alza y toma el nombre de San Vicente, por la basilica elevada frente a ella, monumento del más puro románico, con bóvedas ya apuntadas y una bellísima puerta de archivoltas de medio punto. En el interior se encuentra el mausoleo y enterramiento de los santos y hermanos mártires Vicente, Sabina y Cristeta.

Y al caminar por el pie de la muralla que corre entre estas dos puertas idénticas, se tropieza con un gran cubo o bastión que avanza en el cerco amurallado y que forma un baluarte, con dos órdenes de parapetos almenados. Este es el ábside de la catedral-castillo, que es un extraño ejemplar de arquitectura religioso-militar, que mezcla su fisonomía de templo románico con su hosco semblante de castillo feudal. También se nos presenta con este aspecto una de sus torres,alzada como brazo robusto de eremita o de guerrero. Y no decimos nada de la otra torre, porque no se terminó, y allá está amazotada y mocha, sin rebasar la altura del frontis.

Todavía en el siglo XVI, el Alcaide de la fortaleza embarazaba la jurisdicción del Cabildo, disponiendo de las campanas, por competirle el negar o conceder el acceso a la torre. Y por todas partes se abrían aspilleras indiscretas que vigilaban el presbiterio y escrutaban el claustro y la biblioteca, rememorando aquellos tiempos en que los religiosos eran medio monjes, medio soldados, vistiendo la estameña sobre la coraza y alternando el uso del breviario con el de la ballesta.

Sencilla es la puerta del Mariscal, que recuerda al que lo fue de Castilla, don Alvaro Dávila, en tiempos de don Juan II. Pero hay que penetrar por ella para ver una plazuela romántica que enhiesta una cruz en su centro. Plazuela silente, musgosa, mística, con los muros de la capilla de mosén Rubín de Bracamonte, que encierra el sarcófago de los fundadores

En la parte más baja del cinturón amurallado da salida hacia el río la puerta del Puente, en la mitad de una cortina defendida por salientes cubos. Frente a un risueño parque llamado del Rastro, se abre otra puerta denominada con este mismo nombre, muy reformada modernamente. Al atravesarla aparece el palacio de Abrantes, o Dávila, señor de Villafranca.

Y aunque hay otras puertas menos importantes, citaremos

sólo la de Santa Teresa, almenada y coronada por bello matacán. Puerta de sabor místico, ya que tantas veces fue transitada por Teresa de Cepeda, cuando de niña jugaba, saltaba y reía; cuando, en compañía de su buena madre, salía por el paseo del Rastro, camino de Santo Tomás, para confesarse en aquel confesonario vetusto que allí se conserva todavía como preciada reliquia. Y todo esto es porque, al atravesar esta puerta, se desemboca en una plazuela solitaria y meditativa, en cuyo centro un añoso olmo rumorea siseos con sus hojas al moverlas la brisa. Y allí se alza una fachada insulsa y renacentista, avergonzada entre los palacios rancios que la contornean. Es el convento erigido sobre el solar en que se asentaba el noble palacio donde Alonso de Cepeda y Beatriz de Ahumada trajeron al mundo, el 28 de marzo de 1515, una niña que habría de ser reformadora del Carmelo, escritora ilustre y blasón de la España católica.

Mejor hubiera sido el conservar intacta la cámara que la vio nacer; las habitaciones por las que dio los primeros pasos por el mundo, tan trabajado después por ella; las paredes que fueron testigos de sus peligrosos devaneos con su liviana pariente; las conversaciones ingenuas con su hermano Rodrigo, tan llenas ya de ambiciones sublimes. Menos mal que allí está el pequeño huerto donde fabricaba altares y la capilla inundada de arte churrigueresco, donde se remontaba del mundo en profundos éxtasis.

No es posible hablar de Avila sin mencionar a la Santa andariega, siempre alegre, que reía, cantaba y decía que no quería monjas tristes en sus conventos. Sería imposible narrar aquí sus anécdotas, sus inspiraciones, su incoercible vida de afanes.

Relataremos solamente un episodio de su vida que va unido a un paraje pintoresco, desde el que se contempla un panorama cautivador de Avila, que se presenta a lo lejos como reducida a escala en una bella maqueta de escayola. Este es el lugar denominado los «Cuatro Postes».

Cuéntase que, cuando Teresa tenía siete años de edad, se escapó con su hermano Rodrigo para irse a tierra de moros y que los «descabezasen», decía ella, y así morir mártires por Cristo. Pero descabalo sus planes su tío, que los encontró en despoblado y los volvió a casa montándolos sobre su caballo. Y desde entonces, este lugar se convirtió en humilladero. Estos «Cuatro Postes» se asientan sobre un peñasco, conservándose la cruz y un templete arquiteado. Ante este humilladero rendían la rodilla y musitaban una oración los trajineros que acudían a los famosos mercados de Avila; los estudiantes truhanes, con su capa pañosa, que marchaban hacia la Universidad de Salamanca; los peregrinos jacobeos, caminantes de la limosna y del bordón; los cazadores de la nobleza abulense, con sus ha-

caneas, sus halcones y sus arcabuces; los piqueros que marchaban a Flandes para aumentar blasones al escudo de su Conde, porque era gran honor poner un pica en Flandes; en fin, los humildes pastores de abarcas, zurrón y pellica, arreando al ganado en el anochecido, antes de que llegara la hora de asomar el lobo.

(Fotos del autor.)

Galerías

Preciados

Madrid

LA RESTAURACION DEL CASTILLO DE PASO ALTO

Por VIRGILIO GRANDE

La antigua fortaleza de Paso Alto, que defendía el puerto de Santa Cruz de Tenerife, en el siglo XVIII, ha sido restaurada, siguiendo la norma trazada hace algún tiempo, de preservar y conservar para el futuro los bastiones existentes en el ámbito nacional, pues todos reflejan episodios históricos dignos de glorificarse.

Al borde de la carretera costera que va a San Andrés, y de cara al mar de la aventura, se alza el castillo de Paso Alto, quien desde el año 1797 guarda entre sus muros recuerdos heroicos de la noble postura que los tinerfeños adoptaron en fecha ingrata para los anales de Canarias, con ocasión del ataque de Nelson.

En julio de 1797, apareció frente a la costa una flota inglesa de nueve navíos, al mando del experto nauta Horacio Nelson, con el propósito de ocupar la isla, pues la posición de este archipiélago en el camino de las Américas siempre ha sido presa codiciada de todas las naciones europeas.

Pese a la inferioridad de los canarios, los castillos de Tenerife resistieron los ataques británicos, consiguiendo los bravos tinerfeños, el último día de la batalla, hundir varios botes que transportaban tropas de desembarco, en uno de los cuales iba el propio almirante Nelson, quien, en esta sazón, perdió su brazo derecho al disparar la pieza llamada *Tigre*, motivo por el que regresó a su buque insignia, el *Teseo*, y desistió de su tenaz empeño, cuando capitularon las tropas inglesas desembarcadas y que habíanse hecho fuertes en el convento de Santo Domingo.

Ocurrió este hecho en la madrugada del 25 de junio del año citado, fecha muy notable, ya que fue allí, en el puerto de Santa Cruz de Tenerife y frente al viejo castillo de Paso Alto, donde se quebró el ímpetu inglés de dominio, en la persona de su almirante, pues el ardimiento con que los canarios defendieron sus posiciones defraudó a los intrépidos navegantes de la *Home Fleet*.

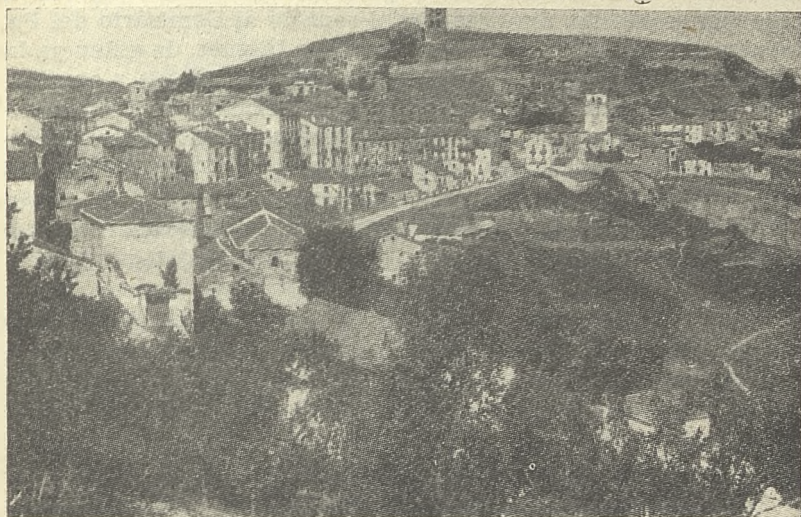
En tan señalada ocasión, el comandante militar de las islas Canarias, don Juan Antonio Gutiérrez, fue el hombre indicado para arbitrar los medios defensivos de que carecían los tinerfeños y el que con su genio y su pericia logró la victoria, inspirando confianza a su tropa.

Como final de este episodio isleño, y haciendo gala de la hidalguía tan española, que respetó las personas de los prisioneros con especial consideración, impuso a Nelson una única condición de capitulación, que por sí solo degradaba su fama de gran señor del mar y bizarro almirante, al emplearle como mensajero de su derrota cerca de los Reyes de España.

Entre el botín capturado al enemigo figuraron dos estandartes, que hasta hace poco se custodiaban en la iglesia de la Concepción, y hoy, al ser convertido el castillo en museo, se han trasladado a éste, en unión de otros objetos bélicos recordatorios de aquella hazaña.

El 2 de mayo, y con motivo de la visita hecha a estas islas por el excelentísimo señor Ministro del Ejército, Teniente General Muñoz Grandes, fue inaugurado oficialmente el Museo de Paso Alto, permaneciendo aún en aquél, cara al océano por donde llegaron en tiempos lejanos los marinos de Inglaterra, tras la codicia de las Canarias, las piezas artilleras que desbandaron a los invasores, y entre ellas, el cañón famoso el *Tigre*, que ha pasado a la posteridad y, por ende, a la Historia.





VIDA SOCIAL

LAS PUERTAS DE SEPULVEDA

Nuevamente nos ocupamos aquí de la famosa y antiquísima villa segoviana, reedificada por Fernán González, primer Conde independiente de Castilla, de tan ejemplar patrimonio monumental, llamada antiguamente *Septempública*, en alusión a las siete puertas que se abrían en su recinto. En el número 4 de este BOLETÍN apareció un interesante trabajo, con el que su autor, nuestro consocio don S. G. López Tablada, entusiasta sepulvedano y notable escritor, abogaba por la restauración de aquel valioso conjunto de arquitectura castrense medieval, no bien respetado, ¡ay!, en los últimos tiempos. Ahora, otro sepulvedano de pro, don Emiliano Alonso Ortega, Alcalde de Sepúlveda y Procurador en Cortes, se ha dirigido, por fuero de amistad, al Vocal de nuestra Junta Directiva don Angel Dotor, encareciéndole que la Asociación Española de Amigos de los Castillos, de la que aquel Ayuntamiento es miembro de número, gestione de la Comisaría General del Patrimonio Artístico Nacional la habilitación de los necesarios recursos para restaurar las puertas sepulvedanas que más precario estado ofrecen. El señor Dotor

inmediatamente trasladó el ruego a la Junta, la cual, con la urgencia requerida, dirigióse en tal sentido al Comisario del Patrimonio, ilustrísimo señor don Francisco Iñiguez, de quien ya ha recibido respuesta, en la que, con su peculiar interés y amabilidad, promete que tendrá en cuenta la petición al ser confeccionado el presupuesto ministerial correspondiente para el próximo ejercicio económico. Esto nos sirve de gran satisfacción, alentando fundamentalmente nuestra esperanza de que las bellas e históricas puertas de Sepúlveda serán salvadas de la ruina que a varias de ellas amenaza.

*Boletín de la Asociación Española
de Amigos de los Castillos*

Oficina: Calle del Carmen, 12, 2.º dcha. - Teléf. 21 94 91

Horas: De 5 a 9

Precios de suscripción

Un año. 40 ptas.

Número atrasado 12 »

EXCURSIONES COLECTIVAS

AVILA DE LOS CABALLEROS

Transcurrido el estío época ésta poco propicia para la realización de excursiones, el día 25 de septiembre se comenzó la serie otoñal, con la organizada a Avila de los Caballeros y castillo de Aunqueospese, situado en sus cercanías.

Avila—capital—fue el centro fundamental de la excursión, ya que su recinto amurallado y sus puertas hacen se la considere como la ciudad fuerte de España por antonomasia.

En esta excursión, como en las anteriores, hubo un *cicerone* excelente: don Celestino López Castro, culto escritor, que durante el camino, antes de llegar a la ciudad, utilizando el micrófono del autocar, fue exponiendo a los viajeros, en amenísima charla, datos de la historia monumental de Avila, particularmente de sus célebres murallas, motivo principal de la visita.

Al llegar a Avila, se hizo un recorrido parcial del recinto, desde la hermosa puerta de San Vicente hasta la del Mariscal, volviendo de nuevo a la de San Vicente, para recorrer, al pie de la muralla, el recinto, que continúa hasta la puerta del mercado grande, pasando por el ábside fortificado de la catedral.

Al llegar a la puerta de ésta, los asociados fueron gratamente sorprendidos por la presencia del joven don Aurelio Sánchez Tadeo, que en nombre de don Cándido Ajo, Presidente del Centro de Investigaciones Abulenses, y como Secretario del mismo, dedicó un afectuoso saludo a nuestra Asociación, acompañando a los excursionistas desde aquel momento en el resto del recorrido de la ciudad, demostrando, con sus extensas explicaciones, los grandes conocimientos que posee de la historia arqueológica de Avila.

Por la mañana, poco antes del almuerzo, fue número extraordinario y fuera de programa la visita al palacio fortificado de los Abrantes o Dávila, Señor de Villafranca, hoy del Marqués de la Revilla, asociado nuestro, quien, allí presente al saber nuestra llegada, hizo abrir la puerta de par en par, dedicando a los visitantes un cordial saludo, con cálidas frases de elogio para nuestra Asociación y su Presidente, el Excelentísimo Sr. Marqués de Sales, mostrando después su maravilloso palacio a todos los visitantes, que pudieron admirar la riqueza allí atesorada en muebles, tapices y armaduras de los

siglos XV y XVI, constituyendo todo ello un museo de valor inestimable.

Con este motivo, la Asociación agradece al Sr. Marqués su delicada atención, que confirmó la justeza del título de «Avila de los Caballeros».

Después del almuerzo y atravesando el río Adaja, se subió a los históricos cuatro postes, para admirar la vista panorámica de Avila y el conjunto de su recinto amurallado, y muy avanzada la tarde se dirigieron los excursionistas al castillo de Aunqueospese, al que no se llegó a subir, por la gran elevación en que está situado, admirándose desde lejos su silueta, evocadora de pasadas grandezas.

Desde allí se volvió a Avila, para dejar en la capital al Excelentísimo Sr. D. Joaquín Leirado, Presidente de la Diputación Provincial, quien, después del almuerzo, se había unido a nuestra expedición, muy complacido de compartir con nuestros asociados la alegría y emoción que sentían al conocer los gloriosos monumentos arqueológicos de tan histórica ciudad.

Esta excursión constituyó, como las demás realizadas ya, un éxito grande, haciéndose votos por la feliz continuación de las visitas a otros castillos.



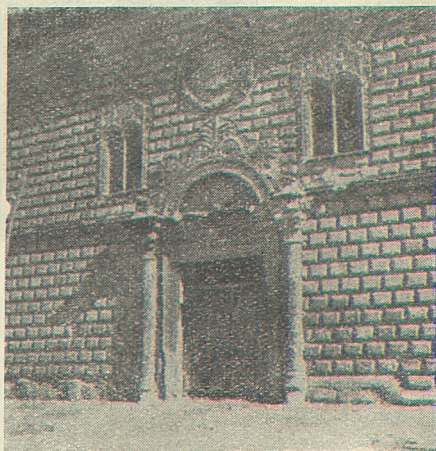


Castillo de Cogolludo
(Guadalajara).

(Foto López Castro.)

Fachada del palacio
del Duque de Medinaceli.

(Foto Villar)





Interior del palacio del Duque de Medinaceli
(Cogolludo).

EXCURSION COLECTIVA A LOS CASTILLOS DE COGOLLUDO, BRIHUECA Y CIFUENTES, DE LA PROVINCIA DE GUADALAJARA

CASTILLO DE COGOLLUDO

De nuevo el 12 de octubre, día de la Raza, se realizó la segunda excursión del otoño.

Nuestro querido asociado, el ilustre escritor y cronista de Guadálajara, don Francisco Layna Serrano había de ser el informador de la expedición—nadie con más méritos que él para honrar a la Asociación con sus explicaciones—; sin embargo, el hombre propone y Dios dispone, y una ligera indisposición de última hora nos privó de escuchar sus amenas charlas; pero, cortés como pocos, subsanó en parte su ausencia enviándonos unos sucintos relatos históricos de cada uno de los castillos que habíamos de visitar, que se leyeron anticipadamente en el camino. Transcribimos estos textos a continuación de cada una de nuestras referencias de la excursión.

Es lamentable tener que decir que pocas veces hasta ahora hemos podido gozar admirando algún castillo completo o semicompleto en nuestras excursiones colectivas—y en esta excursión, los tres visitados son sólo ruinas llenas de tristeza y desolación, cuyos restos son insuficientes para poder evocar su grandeza pasada—. Los tres necesitan del amoroso cuidado de sus Ayuntamientos, para conservarlos con decoro.

En Cogolludo, además del castillo, se visitó el palacio de Medinaceli, cuya fachada renacentista integra hace sospechar un interior semejante; sin embargo, por dentro, la fotografía que ilustra nuestra información dice bien de su lamentable estado.

Este es uno de los casos en que se podría restaurar el edificio, por quedar mucha parte de su estructura; pero son tantos los edificios existentes en estas condiciones, que haría falta un presupuesto astronómico para su restauración. Sólo podemos añadir por ello nuestra más acerba crítica por el abandono en que sus propietarios los han tenido.

Historia.

Dado a la Mitra toledana por Alfonso VI, temporalmente. Alfonso VII cedió la villa a la Orden de Calatrava en 1172, que la poseyó con algunas interrupciones hasta 1355; cedida a don Íñigo López de Orozco, Señor de Hita y Buitrago entonces, la vendieron definitivamente en 1371 al Almirante de Castilla don

Diego Hurtado de Mendoza, hijo del primer Marqués de Santillana, de quien la heredó en 1406 su hija Aldonza, Duquesa de Arjona.

La Duquesa y su hermano el Marqués se llevaron siempre muy mal; al morir aquélla, en 1435, se disponía el de Santillana a apoderarse por la fuerza de Cogolludo, detentada por el Conde de Treviño, presunto heredero de doña Aldonza; pero el Rey de Castilla separó a los contendientes, y se quedó con el pueblo, para cederlo transitoriamente a don Fernando Alvarez de Toledo, Señor de Valdecorneja, en 1438, y éste, a don Luis de la Cerda, Conde de Medinaceli; adjudicada al fin al Marqués de Santillana, éste dióla como bienes dotales a su hija Leonor, al casarla con don Gastón de la Cerda, primer Duque de Medinaceli, quien falleció muy viejo, no sin antes casarse en segundas nupcias con una barragana de Sanlúcar de Barrameda llamada Catalina Vique Orejón, a la que apodaban Catalina *del Puerto*. y en la que tuvo un hijo natural, de nombre Luis, a quien correspondió el título ducal, con gran ira de don Iñigo López de la Cerda, Señor de Miedes y Mandayona, hermano del difunto y seguro de heredar el ducado. Al ver que no era así, con fuerzas de su yerno, el tercer Duque del Infantado, fue sobre Cogolludo, dispuesto a tomar por la fuerza la villa y el castillo, pero se interpusieron los Reyes Católicos, obligándoles a abandonar la bélica empresa.

El hijo de este segundo Duque, también llamado Luis, acompañó a Carlos V, cuando fue coronado Emperador en Bolonia el año 1520, y también a la empresa de Túnez, de la que regresó enfermo, y murió en el castillo de Cogolludo, el año 1536; había sido designado por don Carlos Marqués de Cogolludo, título que desde entonces usaron los primogénitos de los Duques de Medinaceli.

Durante la guerra de la Independencia, el General francés Hugo desmanteló el castillo de Cogolludo y aportilló las murallas. La fortaleza se conservaba bastante bien, no obstante, a comienzos de nuestro siglo, pero los vecinos del pueblo la utilizaron como cantera para edificar viviendas, hasta que, adquirida después por un particular, se impidió que la demolición se consumase.

EL CASTILLO DE BRIHUEGA

Siguiendo el itinerario previsto, después de Cogolludo se visitó la ciudad de Brihuega, cuyo Sr. Alcalde, en el mes de julio próximo pasado, ya nos había denunciado el estado ruinoso de

Brihuega
(Guadalajara)
Puerta de San Felipe (exterior)



Puerta de la Cadena

Puerta de San Felipe
(interior)



parte de las murallas del recinto y de algunos muros de la capilla del castillo, hechos comprobados por los excursionistas, que se unen al ruego hecho por aquella autoridad, para que se consoliden con urgencia las partes más afectadas por la ruina, mostrada por nuestro asociado don Valeriano Herrera, que, hallándose accidentalmente en la villa y conocedor de ella y de su historia, fue guiando e ilustrando a los expedicionarios.

Aparte del castillo y algunos otros monumentos antiguos, se visitó el edificio mandado construir por el rey Carlos III, para instalar una fábrica de paños, que fue en su tiempo muy nombrada, edificio sin mérito artístico digno de ensalzar, en el que existe un jardín, ya célebre, que es digno de admiración por la agrupación artística de sus macizos vegetales y la combinación de sus paseos y fuentes de mármol, entre un verdadero bosque de árboles y arbustos. Este jardín, que posee el título de sitio de mérito artístico nacional y que, a pesar de la devastación que durante la guerra de Liberación sufrieron sus estatuas de mármol, aún conserva perspectivas tan bellas, que sigue siendo ejemplar digno de tal distinción.

También fueron admiradas las puertas antiguas del recinto amurallado de la ciudad, que necesitan urgente reparación.

Historia.

Brihuega (antigua Centóbriga o Brioca).

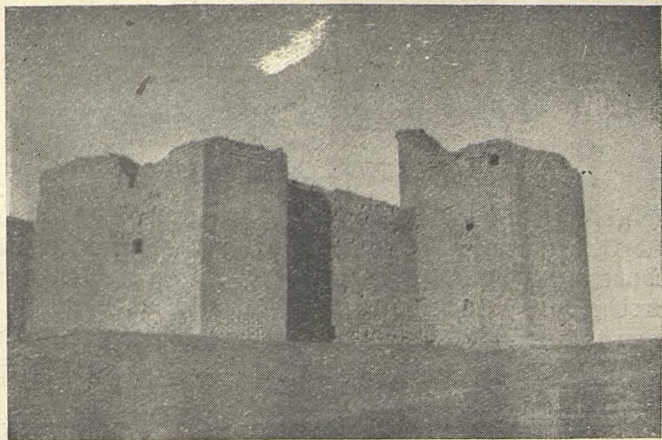
Almamún y Alfonso VI, tras las derrotas de éste en Llanada y Volpejar por su hermano Sancho el Fuerte. Santa Casilda, la de las flores, y su hermana, la infanta Zelima o Elima; aparición de la Virgen de la Peña.

El castillo de Peña Bermeja. Alfonso VI da Brihuega a los Arzobispos de Toledo. El arzobispo don Juan repobló la villa, construyó el castillo actual y las murallas. Don Rodrigo Jiménez de Rada repobló la villa con mozarábes andaluces y la otorgó su célebre Fuero; destruido en la guerra última.

En el siglo XIV, durante la primera guerra civil, llamada de los Infantes de Aragón, al apoderarse los navarros de Atienza, quisieron tomar Brihuega, que estaba desguarnecida; «las salves del cerco», inútil tentativa de Juan de Puelles.

Vuelve a la Corona en el siglo XVI; Felipe II habita el castillo, de paso a Monzón. La fortaleza, prisión de Estado; una nieta de Hernán Cortés, Marquesa del Valle; el prevaricador Alonso Ramírez de Prado, y Jaime de Cárdenas, hermano del Duque de Maqueda.

La guerra de Sucesión y el asalto a Brihuega el 9 de diciembre de 1710 por las tropas borbónicas de Vendome al mando del Marqués de Valdecañas; rendición del inglés Stanhope, más



Castillo de Cifuentes.
(Guadalajara.)



Vista de la puerta del castillo por el interior.
(Fotos Villar)

los Generales Hill y Carpentier, con una división angloholandesa.

El castillo aloja tropas francesas del General Hugo cuando la guerra de la Independencia, durante las luchas entre liberales y absolutistas en 1823 y cuando Espartero iba, el año 1836, en persecución del pretendiente don Carlos.

CASTILLO DE CIFUENTES

Después del almuerzo en Brihuega, continuó la excursión camino de Cifuentes, en donde al llegar esperaban el Sr. Alcalde y los concejales, que efusivamente acogieron a nuestros asociados, ofreciéndose a subir al castillo, como así lo hicieron, mostrando su interior y las dependencias de la torre del homenaje, ya que del resto sólo queda la estructura general exterior en bastante buen estado.

Este castillo de Cifuentes es uno de los muchos aún existentes que, por su actual estado y dada la importancia de la villa, podría reconstruirse para su utilización, sin que ello resultara excesivamente costoso.

Desde estas páginas, la A. E. A. C. hace constar su gratitud al Sr. Alcalde de Cifuentes por sus atenciones, así como por el interés que demuestra por la conservación de las ruinas del castillo, haciendo votos por que algún día no lejano pueda verse reconstruido este monumento.

Historia.

Al señalar Alfonso VII la jurisdicción territorial de Atienza, el actual término de Cifuentes quedaba dentro de aquélla. ¿Existía ya el pueblo en la época árabe? Pero durante la Reconquista fue durante muchos años *tierra de nadie*, y debió ser abandonado y demolido, lo que determinó luego la nueva fundación de la villa actual.

Alfonso X el Sabio, siendo Infante heredero, estuvo amancebado con la noble, discreta y hermosísima doña Leonor de Guzmán, y hasta quiso casar con ella, a lo que no accedió, por creer que una dama de la nobleza era poco para un futuro Rey (1266).

Los últimos años de su vida los pasó doña Leonor de Guzmán en Alcocer, villa que le había dado su antiguo amante, y en la que fundó un convento; también la dio el señorío de Cifuentes, y a esta señora cabe atribuir la erección del templo parroquial. Su hija Beatriz fue luego Reina de Portugal, al casarse con Alfonso III, sin dejar el señorío de Cifuentes, que heredó después la infanta doña Blanca de Portugal, y acabó

siendo Abadesa de Las Huelgas, de Burgos En su tiempo se construyó la muralla que defendía a la villa.

Pasó después Cifuentes al famoso don Juan Manuel; de él, como de las señoras antedichas, hay noticias y documentos en el Archivo municipal.

Don Juan Manuel, que procuró tener una línea militar propia desde Villena a Peñafiel, formada por castillos situados uno de otro a menos de una jornada de distancia, construyó el de Cifuentes, según declara en su *Cronicón*: «1324. Aprili. Eodem mense incepit dñinus Joannes castellum de Cenfontibus»; junto a la puerta queda como testimonio el escudo del turbulento don Juan Manuel.

Su hija Juana, casada con Enrique de Trastamara, heredó Cifuentes, villa que pasó a la Corona; fue luego del Marqués de Villena; después, de don Alvaro de Luna, por merced de Juan II en 1427, y por cesión de aquél pasó a don Juan de Silva, el año 1431, nombrándosele Alférez Mayor de Castilla y confiriéndosele, en 1445, el título de Conde de Cifuentes.

Los sucesivos Condes favorecieron mucho a la villa. La famosa Princesa de Eboli nació en el castillo de Cifuentes.

Guerra de Sucesión. Guerra de la Independencia; los invasores convirtieron el castillo en almacén de objetos robados por ellos.

Se repararon las viejas almenas, dotándolas de aspilleras, con motivo de las guerras carlistas. Una campana, instalada en la garita del torreón, avisaba la proximidad de alguna partida, con objeto de que las personas pudientes se refugiaran en la vieja fortaleza.



ATALAYA DE LA PRENSA

- ANÓNIMO.—«La Torre Pallaresa», en *La Vanguardia Española*, Barcelona, 12 de junio de 1953.
- Barcelona, 12 de junio de 1955.
- ANÓNIMO.—«Descubrimientos arqueológicos en Rota (Cádiz)», en *A B C*, Madrid, 10 de junio de 1955.
- ANÓNIMO.—«Se constituye en Granada la Asociación de la A. E. A. C.», en *Ideal*, Granada, 9 de junio de 1955.
- ANÓNIMO.—«Se constituye en Granada la Sección Provincial de la A. E. A. C.», en *Patria*, Granada, 9 de junio de 1955.
- ANÓNIMO.—«Coria, la amurallada, y hazañas de su bobo», en *El Alcázar*, Madrid, 7 de junio de 1955.
- ANÓNIMO.—«Murallas en la tienda», en *Destino*, Barcelona, 4 de junio de 1955.
- ANÓNIMO.—«El Príncipe Juan Carlos en el castillo de la Mota», en *Imperio*, Zamora, 4 de junio de 1955.
- ANÓNIMO.—«Una muralla romana junto al mostrador», en *Momento*, Barcelona, 2 de junio de 1955.
- ANÓNIMO.—«El hallazgo arqueológico más importante de España», en *Ya*, Madrid, 1 de junio de 1955.
- ANÓNIMO.—«Ruta de los castillos. Vuelta ciclista a Levante», en *Marca*, Madrid, 1 de junio de 1955.
- ANÓNIMO.—«En homenaje a los castillos de España y de Cuenca», en *Ofensiva*, Cuenca, 24 de abril de 1955.
- ANÓNIMO.—«Castillos cacereños», en *Extremadura*, Cáceres, 20 de mayo de 1955.
- ANÓNIMO.—«El castillo de Montealegre» en *El Norte de Castilla*, Valladolid, 17 de marzo de 1955.
- ANÓNIMO.—«Habrá consignaciones anuales para las obras de reconstrucción de la silueta del castillo de Burgos», en *Diario*, Burgos, 17 de marzo de 1955.
- ANÓNIMO.—«El alcázar de los Reyes Cristianos», en *Remanso*, Córdoba, 21 de febrero de 1955.
- ANÓNIMO.—«Grandes silos de trigo en castillos históricos», en *Informaciones*, Madrid, 17 de marzo de 1955.
- ANÓNIMO.—«El torreón del alcázar, incluido en el patrimonio artístico nacional», en *Lanza*, Ciudad Real, 15 de febrero de 1955.
- ANÓNIMO.—«La restauración de las antiguas murallas», en *El Correo Catalán*, Barcelona, 21 de diciembre de 1954.
- ANÓNIMO.—«Las antiguas murallas de Barcelona», en *Diario de Barcelona*, Barcelona, 21 de diciembre de 1953.
- CERRO (Humberto) (de Méjico).—«Una gran ciudad descubier-

- ta en las selvas de México», en *El Alcázar*, Madrid, 2 de junio de 1955.
- FEDERICO.—«Ángulos de la ciudad», en *Ayer*, Jerez de la Frontera, 2 de febrero de 1955.
- DEL CASTILLO (A.).—«Piedras y platos», en *Diario de Barcelona*, Barcelona, 16 de marzo de 1955.
- G. DE M.—«El desgraciado abandono de los castillos manchegos», en *Madrid*, Madrid, 29 de marzo de 1955.
- G. MORADO (Antonio).—«La reconstrucción del alcázar cordobés de los Reyes Cristianos», en *El Alcázar*, Madrid, 10 de junio de 1955.
- GAMIR SANDOVAL (Alfonso).—«Castillos de Granada», en *Patria*, Granada, 29 de mayo de 1955.
- GÓMEZ DE LA SERNA (Gaspar).—«Las soledades de Yuste», en *Madrid*, Madrid, 27 de marzo de 1955.
- HERNÁNDEZ NAVARRO (Andrés).—«La ciudad de los castillos», en *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife.
- J. E.—«Un castillo, víctima de los impuestos», en *La Región*, Orense, 20 de abril de 1955.
- JUANDÓ (Pedro) (Párroco Arcipreste de Perelada).—«*La Vanguardia* en el Ampurdán. Llers», en *La Vanguardia Española*, Barcelona, 8 de abril de 1955.
- M. M. G.—«Historia y leyenda de la Malmuerta», en *Córdoba*, Córdoba, 2 de junio de 1955.
- MENCHETA.—«Obras de restauración en el castillo de Javier», en *Informaciones*, Madrid, 31 de marzo de 1955.
- MINGOTE (caricatura).—«El baño de María», en *A B C*, Madrid, 8 de mayo de 1955.
- MINGOTE (caricatura).—«Sin palabras», en *A B C*, Madrid, 27 de marzo de 1955.
- MOHAMED BULAIX BAEZA.—«La Córdoba del Califato y Medina Az-Zahara», en *A B C*, Madrid, 23 de diciembre de 1954.
- NADIE (Juan).—«Un puente y un templo romanos sobre el Tajo», en *España*, Tánger, 15 de junio de 1955.
- NÚÑEZ MAYO (Oscar).—«El Real Monasterio de Santa Creus, de Roger de Lauria», en *Semana*, Madrid, 14 de junio de 1955.
- PELLICER RUIZ (Adolfo).—«Mil pesetas a la foto mejor» (castillo de Sádaba), en *Amanecer*, Zaragoza, 7 de junio de 1955.
- PÉREZ RAMÍREZ (Dimas).—«A propósito de castillos», en *Ofensiva*, Cuenca, 9 de junio de 1955.
- QUESADA (Francisco).—«El alcázar de los Reyes Cristianos en Córdoba», en *España*, Tánger, 3 de febrero de 1955.
- QUESADA (Jaime).—«La vieja ciudad se cuarteá. El castillo del Infante don Juan Manuel va a ser reconstruido», en *Madrid*, Madrid, 17 de marzo de 1955.

- QUIJANO (Gracián).—«Murallas de infinito», en *El Diario de Avila*, Avila, 4 de junio de 1955.
- ROMERO (Emilio).—«Historia de un castillo», en *Madrid*, Madrid, 30 de mayo de 1955.
- SANTISO.—«Las excavaciones de Ullasfret» (Gerona), en *Destino*, Barcelona, 26 de febrero de 1955.
- SANZ PÉREZ (Victor Manuel).—«Por razones prácticas y de justicia es preciso restaurar las murallas de Segovia», en *El Adelantado*, Segovia, 4 de junio de 1955.
- SERRANO (Eugenio).—«La ciudad de Alfonso IX y los alcázares pide una Universidad Laboral», en *El Alcázar*, Madrid, 10 de junio de 1955.
- SILVA ARAMBURU (J.).—«Las murallas», en *La Prensa*, Barcelona, 21 de diciembre de 1954.
- TEMPLE MANING.—«Castillos de España», en *Excelsior*, La Habana, 20 de febrero de 1955.
- TRABAJOS AÉREOS Y FOTOGRAMÉTRICOS (foto).—«Panoramas de España vistos desde el aire», en *La Vanguardia Española*, Barcelona, 8 de febrero de 1955.
- TRAPERO.—«El más castillo de nuestros castillos», en *El Progreso*, Lugo, 10 de junio de 1955.
- VIDAL SALES.—«Una torre romana», en *La Hoja del Lunes*, Barcelona, 23 de mayo de 1955

FE DE ERRATAS

En el texto correspondiente al artículo sobre los castillos del oeste de la provincia de Madrid, escrito por don Federico Bordejé Garcés, en la página 68, párrafo segundo, se desliza una errata, en la que se hace figurar la propiedad de la torre de Pinto a la señora Duquesa de Lerma, siendo realmente de la señora Duquesa de Andría.

BIBLIOGRAFIA

LAYNA SERRANO (Francisco): *Historia de la villa condal de Cifuentes*. Madrid, 1955. Compañía Bibliográfica Española. Impreso en Artes Gráficas, C. I. M. 342 págs., con láminas fuera de texto; 4.º mayor.

He aquí una magnífica obra, de carácter monográfico, con que el ilustre investigador y publicista Dr. Layna Serrano, miembro de diversas Academias españolas y de la Hispanic Society of América, viene a incrementar el ya copioso acervo bibliográfico de que es autor, centrado preferentemente en su nativa provincia caracense, que le cuenta como cronista oficial. En ella campean idénticas características de rigor informativo, objetividad, insuperable apoyatura documental y estilo, a la vez sencillo y expresivo, que ya quedaron patentizadas en sus libros precedentes, algunos de los cuales—como *Castillos de Guadalajara*, *La arquitectura románica en la provincia de Guadalajara*, *Historia de Guadalajara y sus Mendozas* y *Los conventos antiguos de Guadalajara*—le granjearon merecida nombradía de historiador concienzudo y disertado crítico de arte y hasta valioso lauro oficial. Consagrado con pasión, que no empece la lucidez de juicio y el tino introspectivo, al estudio de la vida pretérita y los monumentos de la provincia de referencia, su labor en tal sentido, vasta y original, constituye un aporte historiográfico de mérito indiscutible, que debería servir de ejemplo a no pocas regiones peninsulares deficientemente conocidas y exaltadas. Esta su reciente *Historia de la villa condal de Cifuentes* merece cumplidamente el sucinto comentario que aquí le consagramos, ya que se trata de población de alto rango histórico, poseedora de un castillo otrora famoso, erigido por el inquieto y, en otro orden, admirable infante don Juan Manuel, señor de la villa, castillo que el mismo incorporó a la famosa línea de fortalezas establecida a lo largo de sus dominios, desde Peñafiel a Villena.

Estamos seguros de que ningún conocedor de la valiosa aportación de Layna al estudio y divulgación del pasado histórico y monumental de la, en tales aspectos, importante provincia castellana dejará de lamentar, como nosotros, no sólo que alguno de sus preciados libros continúen agotados, sino que las dificultades a que el autor se refiere en el prólogo del aquí reseñado le impidan terminar, con seguridad de su pronta publicación, los demás proyectados acerca de otras entidades de po-

blación guadalajareñas poseedoras de valioso patrimonio ancestral.

A. D.

* * *

CARRUANA Y GÓMEZ DE BARREDA (Jaime): *El castillo de Alcañiz*. (Separata de *Teruel*, núm. 13.)—Teruel, 1955. S. e. S. i. 112 páginas más 15 láms., con 25 figs.; 4.º

El cuarto premio (correspondiente al año 1953), que lleva el título del ilustre alcañizano Bernardino Gómez Miedes y que otorga el Ayuntamiento de la, tan gratamente recordada por mí, ciudad de Alcañiz, donde transcurrió buena parte de mi infancia y adolescencia, ha sido merecidamente concedido a mi querido amigo y compañero Jaime Caruana.

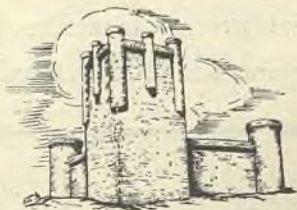
Como se observará por su volumen, pese a ser una separata de la revista *Teruel*, el autor ha realizado un trabajo concienzudo, que ha dividido en varios capítulos. En el I, estudia los orígenes de la fortaleza, desechando las tradiciones locales y los relatos legendarios de los diversos autores y sentando, como muy probable, el paso del Cid Campeador por la tierra baja y determinando, como fecha de la erección de este poderoso reducto militar los años posteriores al de 1118, siendo Alfonso I el Batallador el Monarca aragonés que la dispuso. Cita el primer documento en que aparece el nombre del castillo y que data de diciembre de 1124.

El II capítulo refiere la historia del castillo, con su importantísimo papel en la formación de la ciudad en el terreno que ocupa actualmente, gracias a la protección que su sombra dispensaba a la naciente población; la pérdida para los cristianos de Alcañiz a raíz del fallecimiento del gran Rey batallador; su recuperación por Ramón Berenguer IV después de 1150, y los señores que tuvo (don Palacin, don Beltrán de Santa Cruz y don Artal de Alagón) hasta que Alfonso II hace donación (1179) del castillo y villa de Alcañiz, con sus extensos dominios, a la Orden de Calatrava, de la cual fue una Encomienda Mayor, siendo el primer titular de ella don Hernando (1179-1194), y el último, don Juan de Lanuza (1526-1535). Trata también este capítulo de la organización interna de la fortaleza, con sus Maestre, Comendador mayor, caballeros, novicios, escuderos, soldados y gentes de paz, y de las relaciones que existían entre el castillo y la villa.

En el capítulo III, trata Caruana del estudio arqueológico del castillo alcañizano, citando las descripciones que de él se

hicieron a mediados del siglo pasado, pero haciendo un estudio personalísimo, en el que se destacan las etapas que pueden considerarse en su desenvolvimiento desde el siglo XII, del que quedan indudables partes; el apogeo del edificio en el XIII, con sus interesantísimas pinturas murales y su claustro; los restos arqueológicos del XIV, inscripciones, pinturas del claustro y de la torre del homenaje (las más curiosas: trovador, Rey, Letrado, representaciones de oficios diversos y de guerreros); el papel representado por la fortaleza en el siglo XV y sus restos; el renacimiento de la misma en el XVI, con su desaparecido y notable retablo de la Magdalena, obra del pintor Jaime Serrat, y su precioso sepulcro de Juan de Lanuza, Comendador de Alcañiz, obra primorosa en alabastro de Damián Forment, desgraciadamente mutilado; sus vicisitudes y progresiva decadencia en los siglos posteriores hasta que, desde el año 1941, se ha emprendido su restauración, que continúa y que permite considerar con optimismo la vida perdurable de tan importante construcción de arte bélico.

E. S. A.



De interés para los Señores Asociados

Aprovechando la proximidad del comienzo del año natural y en atención al considerable aumento sufrido por el franqueo y derechos de reembolso para la cobranza de las cuotas de provincias, sugerimos a los señores Asociados que lo estimen oportuno, indiquen si se les puede girar el reembolso del primer trimestre de 1956, por una anualidad completa.

**¡LA GRAN PELICULA TAURINA
QUE DEBIA EL CINE ESPAÑOL!**

TARDE DE TOROS

(COLOR)

UN EXCEPCIONAL REPARTO ENCABEZADO

POR

Domingo Ortega
Antonio Bienvenida
Enrique Vera
Maruja Asquerino
Marisa Prado
Jorge Vico
Manolo Morán
Jesús Tordesillas
Juan Calvo

DIRIGIDA POR

Ladislao Vajda



OTRA SUPERPRODUCCION CHAMARTIN QUE SE HARA
FAMOSA EN EL MUNDO ENTERO

Tan famosas

COMO LOS VIEJOS CASTILLOS ESPAÑOLES, SON
HOY LAS FORTALEZAS INDUSTRIALES QUE SITUAN
DAS ESTRATEGICAMENTE DEFIENDEN LA ECONOMIA
NACIONAL



MANUFACTURAS FOTOGRAFICAS
ESPAÑOLAS, S. A.

HA LANZADO AL MERCADO DOS PRODUCTOS DE
EXCEPCIONAL CALIDAD:

PELICULA CINEMATOGRAFICA
y
PELICULA RADIOGRAFICA

FACTORIA:
Calle de la Reina
ARANJUEZ

NUEVAS OFICINAS:
Avda. de José Antonio, 84
Tels. 32 09 99 y 32 02 31
(Edificio España)-MADRID

BANCO HISPANO AMERICANO MADRID

Capital social.....	500.000.000 Ptas.
Capital desembolsado	462.500.000 >
Reservas	634.000.000 »
Capital desembolsado y reservas...	1.096.500.000 >

CASA CENTRAL Y DEPARTAMENTO EXTRANJERO

Plaza de Canalejas, núm. 1

SUCURSALES URBANAS:

Alcalá, núm. 68	Lagasca, núm. 40
Atocha, núm. 55	Legazpi (Gta. Bta. M. ^a Ana Jesús, 12)
Av. José Antonio, n.º 10	Mantuano, núm. 4
Av. José Antonio, n.º 50	Mayor, núm. 30
Bravo Murillo, 300	P. ^{za} Emperador Carlos V, 5
Conde de Peñalver, 49	Pte. Vallecas (Avda. Albufera, 20)
Duque de Alba, 15	Rodríguez San Pedro, 66
Eloy Gonzalo, n.º 19	Sagasta, núm. 30
Fuencarral, n.º 76	San Bernardo, 35
J. García Morato, 158 y 160	Serrano, núm. 64

Aprobado por la Dirección Gral. de Banca y Balsa con el n.º 1.700

